

# CONCHITA VELASCO

*Cuando Juan Diego y Conchita Velasco plantearon en el teatro Lara, de Madrid, la necesidad de que los actores descansaran un día a la semana, se armó un buen revuelo. Gracias a aquella decisión, los actores, en general, comenzaron a unirse en asambleas y a plantear una situación que hacía tiempo arrastraban silenciosamente. Al margen de la victoria final de los actores, el asunto descubrió a una actriz, hasta entonces sumisa y gris, que nunca había dicho esta boca es mía. Conchita Velasco había comenzado con el problema del descanso a plantearse su propia situación de actriz al servicio de un tipo de espectáculos muy concreto. A lo largo del año siguiente, la evolución de Conchita Velasco no ha dejado de tener su interés. Y ella misma lo manifiesta en la entrevista que a continuación se transcribe. Este interés no radica sólo en el aspecto personal, anecdótico quizá en muchos aspectos, sino en lo que supone, indirectamente, de puesta en cuestión de una servidumbre profesional y de un cine y un teatro que no alcanzan, en su término medio, una riqueza suficiente para satisfacer incluso a los que lo hacen.*

**TRIUNFO.**—De las comedias divertidas y jactanciosas que hacías hace unos años, a «La llegada de los dioses», de Buero Vallejo, de la temporada anterior, y «Abelardo y Eloísa», que haces ahora en el Bellas Artes, hay un cambio notable. ¿Ha sido una decisión tuya hacer un nuevo tipo de teatro, o se trata de otra cuestión?

**CONCHITA VELASCO.**—Bueno, yo tenía una inquietud por hacer cosas mejores. Aunque no porque estuviera descontenta de las cosas que

había hecho antes. Me parece, simplemente, que he cumplido una etapa. Yo procedo del teatro de revista, he sido ballarina; luego he empezado en el cine con películas populares... He seguido los pasos lógicos que tenía que seguir. Pero llega un momento en que hay que pensar que es necesario continuar adelante, que uno no se puede quedar solamente en comedias divertidas. No es que considere que está mal hacer reír a la gente, no es eso; es una cosa que está muy bien. Pero es necesario plantearse

el futuro de una manera más seria. Cuando decidí hacer «La llegada de los dioses», pensé que era necesario romper con todo lo anterior, aunque eso me costara mucho trabajo, sobre todo porque a mí me gusta vivir muy bien y me ha costado mucho trabajo conseguirlo, y decir ahora que no a papeles bien retribuidos, no es una cosa fácil. Pero, en fin, hay que tomar decisiones en la vida, y yo he tomado ésta. Después de la obra de Buero pasé por momentos de crisis, porque no me llamaban para nada que me interesara, hasta que Lazaga me ofreció un papel muy diferente a los míos habituales en «El vikingo», y luego Tamayo el de «Abelardo y Eloísa». Creo que puedo continuar. No rompiendo de una manera drástica con todo lo anterior, eso sería absurdo. Lo que yo quiero es evolucionar. Es un poco como sentirse siempre joven y con ganas de vivir. Tengo todavía mucho camino que recorrer. Mi experiencia anterior no es negativa, lo que ocurre es que no me puede satisfacer plenamente. He hecho películas que son comerciales, que a muchos puede que no os gusten, pero que a otra gente sí, y no hay que olvidar que son películas que de alguna manera reflejan la realidad española. Lo que quiero decir es que este es el cine que se hace, y, por lo tanto, el que yo he tenido que hacer. Tampoco me han ofrecido otra cosa, y yo vivo de mi trabajo. He hecho lo que tenía que hacer, aunque me llegue un momento en que piense que dentro de la profesión puede haber otras cosas que te llenen más. Lo perfecto sería que pudiera vivir también de ellas, y eso es lo que ahora estoy intentando probar.

«A los doce años, cuando empecé, a mí el cine y el teatro no me parecían unas cosas tan importantes como las veo ahora. Eran exclusivamente un medio de ganar dinero. Una necesidad. Yo esperaba, contando con unas piernas bonitas y una cara de chica mona, llegar a primera «vedette» y ganar así un sueldo considerable. Esas eran todas mis aspiraciones. Cuando ya me ofrecieron papilitos en el cine y comencé a estudiar declamación, pensé que quizá esto no era algo tan frívolo como yo lo veía, ni que servía sólo para ganar dinero. Y descubrí, además, que era algo que me gustaba. Pero me vi metida en ese barullo de ir haciendo cada vez más películas, de ir ganando cada vez más por ellas, de ser popular y de comenzar a conseguir unas cosas que nunca me hubieran pasado por la imaginación.

Todo era un poco como un torbellino, sin saber a dónde realmente iba. Quizá por eso he empezado a pensar seriamente un poco tarde. Yo me siento ahora con las ideas de una chica de diecisiete o dieciocho

años; yo, a esa edad, no las he tenido, porque no he tenido tiempo de pensar y sólo tenía la preocupación de sobrevivir. Voy un poco más atrasada que los demás, porque ahora es cuando estoy empezando a pensar...

**T.**—¿Y esta evolución tuya abarca sólo un aspecto profesional, o tiene detrás un trasfondo ideológico? ¿Hay un cambio de postura en tu vida?

**C. V.**—Es que yo creo que todo va unido. Es muy difícil saber muy bien qué es lo que quiero y a dónde voy. Todavía no lo puedo decir, porque no lo sé. Pero lo que sí quiero es saber, conocer, pensar y decidir por mí misma. Desde hace un año lo estoy haciendo, y estoy muy contenta. Y no sé si a medida que vaya tomando más conciencia de lo que es la vida, de lo que es el mundo, y según vaya conociendo a más gente, voy a seguir contando con esta libertad que tengo ahora. Tampoco sé si llegará un momento en que, por necesidades económicas, me verá obligada a renunciar a algo de lo que he decidido. Aunque en el fondo pienso que tampoco es tan grave hacer una película divertida, en el sentido peyorativo del término. Supongo que sólo lo es cuando es lo único que haces. Cuando estés tan vacía que no te des cuenta de que no significa nada lo que haces y tú lo creas muy importante. Ese es el auténtico peligro. Pero si yo consigo, como ser humano, rearmarme y hacer un trabajo serio que me satisfaga, no creo que sea tan malo hacer en un momento dado una cosa intrascendente o divertida... ¿No?...

**T.**—¿Y al defender un tipo de teatro o de cine, porque es con el que te identificas, con el que te comprometes, porque piensas que es importante hacer evolucionar al público, no atacas automáticamente todo aquel cine o teatro que hace lo contrario, que atonta al espectador?...

**C. V.**—Lo que trato es de no atacarlo, porque no me gusta ser ingrata; no es por miedo. Me molestaría pecar de ingratitud con una serie de gente que me ha ayudado a vivir y me ha ayudado a ser. Si yo no hubiera sido Conchita Velasco la popular, Buero no me hubiera ofrecido el papel de su comedia. Sufiría mucho atacando a las personas que hacen ese cine, que es el que yo he hecho. Lo que pasa, claro está, es que no puedo dejar de pensar que a la gente se la puede divertir, pero contándole cosas que ocurren de verdad, sin atontarla. No encuentro que sea malo hacer reír a la gente, ni creo que todas las obras tengan que ser dramáticas, tristes, serias y acongojadas. Me parecería incluso cruel. Pero se la puede divertir y al mismo tiempo hacer ver una serie de



# LASCO

cosas que están funcionando mal. También se puede hacer teatro serio a través de la risa.

**T.—Quisiéramos que nos matizaras un poco ese sentimiento de responsabilidad que dices haber tenido a partir de «La llegada de los dioses»...**

**C. V.—**Bueno, yo siempre me he sentido muy profesional y muy entregada a mi trabajo. He salido a hacer una función o una película con todas mis ganas, con todas mis fuerzas y con todo lo que sé. Creo que una vez que un señor acepta un trabajo, lo tiene que hacer bien. Lo que pasa es que, por estas razones que digo, he vivido durante estos años en una nube rosa y no me he enterado de las cosas porque no he tenido tiempo de hacerlo. Ahora me doy cuenta de que humanamente he sido durante muchos años una persona nula. Y me horrorizaría darme cuenta de ello a los cincuenta años. Soy una niña de colegio que empieza a darse cuenta de que las cosas no son como ella creía.

**T.—¿Hasta dónde llega esa responsabilidad de la que hablas?**

**C. V.—**Lógicamente lo abarca todo, porque todo va unido. Yo siempre decía que no era política y que no me interesaba la política. Ahora creo que es una cosa muy fácil para quedar bien, que es lo que se dice siempre para no comprometerse. Creo que en el mundo en que vivimos hoy en día, todos tenemos que pensar en la política, porque todo es política; el teatro es política, la vida es política, el amor, incluso, es política. Es una tontería decir lo contrario.

**T.—¿Crees que esa toma de conciencia tuya coincide con otra general de tu profesión? ¿Que los actores empiezan a darse cuenta de que su trabajo tiene una repercusión que les compromete?**

**C. V.—**Sí, eso también es cierto. Lo del día de descanso fue muy importante. Al menos para mí. Aparte de conseguir el día de descanso, que hoy parece una cosa mínima, lo importante fue que por primera vez los actores tuvimos conciencia de lo que somos como seres humanos. No simplemente unos individuos a los que se contrata y no tienen derecho a nada. Yo no había ido a una asamblea hasta entonces, pero me gustaba tanto que todo el mundo pudiera levantarse, y hablar, y decir sus opiniones, y tomar una decisión, que me dio mucha pena que aquello se terminara... Fue todo muy importante... Lo que pasa es que los actores, si nos damos cuenta de los derechos que tenemos y de las cosas que podemos exigir, también nos tenemos que dar cuenta de nuestras obligaciones. Si queremos ser considerados como per-

## UNA ACTRIZ QUE QUIERE EMPEZAR A PENSAR...

sonas, a la hora de trabajar tenemos que demostrar que lo somos. En ocasiones me horrorizo cuando voy a ver a algunos compañeros que hacen el teatro sin ganas, que gastan bromas en escena, que no salen como debieran salir. Me da mucha pena que perdamos en el escenario lo que hemos conseguido como seres humanos fuera de él.

»Volviendo a la pregunta, sí creo que esta postura la está tomando mucha gente al mismo tiempo. Es una reacción que ha tenido la gente joven de todo el mundo en un momento determinado, y que, yo al menos, estoy tomando ahora. Es un deseo de no quedarse parada. No quiero lamentarme después de haber sido cobarde o algo peor aún: de no haber sido nada. Eso es lo que me horroriza. Que todo lo decidan por mí, que todo lo hagan por mí, ser una persona que sube y baja, que va y viene, que no siente, ni piensa, ni sufre. Prefiero sufrir cuando llegue su momento, pero por mí misma, por mis propias vivencias, no por las de los demás.

**T.—¿Y si de pronto esta postura tuya no viene acompañada por las ofertas que te hacen, y el teatro y el cine que se siguen haciendo es el de siempre?...**

**C. V.—**Ese es mi miedo, claro. Sobre todo porque, como ya os he dicho antes, me gusta vivir muy bien. Lo que hace falta es que este tipo de trabajo tenga éxito y sea seguido por el público, que es para quien se hacen las cosas. Los espectáculos deben tener una altura intelectual, cultural y política que merezcan la pena. Pero tiene que ir la gente a verlos. Eso es lo difícil y lo peligroso. Esperar que esta gente, un poco dormida como yo, se despierte. Ahora no puedo hacerlo, pero supongo que acabaré produciendo las comedias que interprete, porque sería muy fácil que yo hablara así diciendo que hay que hacer cosas serias, pero pensando que las produzcan los demás y que a mí me contraten por un sueldazo.



**T.—¿Qué crees que piensan tus «fans» tradicionales al verte ahora hacer estas obras de teatro?**

**C. V.—**Aún es pronto para saberlo, porque sólo hace un año que he tomado esta decisión. Supongo que al principio estarán un poco desconcertados, y esto es malo para mí, porque quizá esta gente se ha acostumbrado a verme de chica guapa y nada más; lo sentiría por ellos, porque creo que —aunque yo no sea una abanderada, ni mucho menos, sino simplemente una señora que quiere arreglar su vida— deberían darse cuenta de que lo hago también un poco por ellos. A mí me gustaría haber dado este cambio de una manera más sutil, pero lo he hecho muy mal, porque he empezado a cacarear en seguida, notándose todo mucho, dando mucho grito. Pero, en fin, cada uno tiene su carácter...

»Supongo que algunos pensarán que soy imbécil. Bastante gente de la profesión también. Pensarán que a esta tía, como a todos, cuando triunfa le entra lo trascendental. Yo misma lo he pensado antes de otros, que primero cantaron canciones intrascendentes (no olvidéis que yo fui la de la «chica ye-yé») y luego se ponen con las serias. Esto lo he dicho yo, lo que pasa es que me he dado cuenta de que es un paso lógico a seguir. Hay que empezar de alguna manera, pero luego no puedes quedarte ahí. Me parecería muy mal que la gente siguiera haciendo unas cosas de las que no está convencida o que no le satisficieran plenamente. No voy a decir que no me interesa lo que diga la gente, porque eso no sería verdad. Lo que pasa es que no he tomado esta postura, en absoluto, para caer bien a unos y dejar de caer bien a otros. Simplemente sé que me he producido así y que así soy. Sé que hay personas a las que tengo mucho cariño y que entenderán mi postura. Como José Luis Sáenz de Heredia, por ejemplo, que es un hombre al que le debo muchísimo, entre otras cosas, este

cambio, porque él me enseñó muchas cosas que me lo han posibilitado...

»Quizá los otros empiecen a decir también que qué se ha creído esta imbécil, que se ha pasado la vida diciendo que es una chica «ye-yé» y ahora quiere hacerse la intelectual. Y eso sí que no es verdad, porque yo no soy una intelectual; para empezar, no soy culta, ni instruida. Soy más bien mediana... Lo único que quiero es ser una persona humanamente importante. Y este es el camino...

**T.—El hecho de ser actriz, ¿favorece o dificulta esa evolución que pretendes? ¿Le sería más fácil a una costurera o una empleada de grandes almacenes?**

**C. V.—**No, no por supuesto que me favorece. Sobre todo porque nosotros nos desenvolvemos en un ambiente intelectualmente más importante. Pretendemos estar haciendo arte, ¿no? En este ambiente, con la gente que conozco, con la que convivo, con la que converso, puedo aprender más cosas que la gente de un comercio.

**T.—Pero, ¿el ser una figura pública no te pone trabas en cuanto te sigue más fácilmente el rastro y se pueden esperar de ti otras cosas?**

**C. V.—**Si yo he tenido por mis películas simpáticas, agradables y desvencuadas unas seguidoras que han podido ver en mí un prototipo de chica que se les puede parecer, a lo mejor, al ver mis ganas de ser más, pueden encontrar un ejemplo que les convenga. Pero al plantearme mi situación, yo he sido muy egoísta y sólo he pensado en las cosas que no me satisfacían. Pero no se trataba de favorecer o de herir a nadie. Lo que quiero —y lo repito— es hacer cosas que me interesen profundamente y no pasar por la vida como una maleta.

»Pero me da miedo esta conversación que estamos teniendo, porque puede crear una imagen excesivamente importante de mí. No sé cómo decir esto sin que parezca ridículo o vanidoso, pero lo que quiero que quede claro es que no pretendo jugar a ser Jane Fonda ni que voy a decir cosas importantes y maravillosas. No estoy preparada ni para servir de ejemplo ni para tomar decisiones drásticas. Mis ganas de cambiar son absolutamente individuales. Y no es que ahora, de golpe, esté cambiando mi manera de pensar. Es más una manera nueva de sentir o un valor nuevo para decir las cosas que, de alguna manera, siempre había pensado. Porque a nadie le nacían de pronto las cosas, como si fueran flores. En realidad, se van creando poco a poco, como las arrugas. ■ Conversación registrada en magnetófono por DIEGO GALAN y FERNANDO LARA. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.